

OBRAS DEL AUTOR:

Concepción católica de la Política, 1932 (agotada).

Concepción católica de la Economía, 1936.

El Judío, 1936 (2ª. edición, 5º. millar).

Entre la Iglesia y el Reich, 1937.

Los tres pueblos bíblicos, 1937.

Qué saldrá de la España que sangra, 1937.

Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la política, 1937.

En preparación:

2ª. edición (corregida y aumentada) de:

Concepción católica de la Política.

JULIO MEINVIELLE

HACIA
LA
CRISTIANDAD

Apuntes para una filosofía de la historia

ADSUM
BUENOS AIRES
1940

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Porque su poder es un poder eterno, y su reino de generación en generación. Y todos los moradores de la tierra delante de Él son reputados como nada: porque hace según su voluntad así en las virtudes del cielo como en los moradores de la tierra: y no hay quien resista a su mano, y le diga: ¿Por qué lo has hecho? (Daniel IV, 31 y sig.).

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

HACIA LA CRISTIANDAD

El criterio para formular un determinado juicio sobre un movimiento, debe fundarse en el fin hacia el cual se orienta. Todo movimiento no es puro resultado de fuerzas que obran ciegamente sino de la atracción que determinados fines, vivientes en alguna inteligencia, ejercen sobre los móviles. El mundo vive en perpetuo movimiento porque son infinitos los móviles que en él se agitan; pero no es de imaginar que el mundo se mueva al azar, sin principio ni fin, entregado al puro choque de las fuerzas en juego.

Una ley preside la actividad de todas las fuerzas que operan en el mundo y fué enunciada por un enviado de Dios con tres luminosas ráfagas de su inspirada palabra:

“Todo es vuestro; vosotros sois de Cristo; Cristo es de Dios. *Omnia enim vestra sunt; vos autem Christi; Christus autem Dei.* (San Pablo, I corintios III, 22 y sig.).

La economía del Plan divino sobre las cosas terrestres se presenta así como una magnífica y grandiosa jerarquía en que todas las cosas se refieren al hombre por *Cristo* para culminar todo en la sublime Trinidad, fuente de vida, bondad esencial, causa única de todo y que, en la efusión de su amor, ha comunicado a todas las cosas el ser y la perfección.

Un orden inferior, de la multiplicidad, en que la multitud del macrocosmo se unifica con el microcosmo que es el hombre; un orden mediador que se concentra en Jesucristo, Hombre-Dios; un orden final, el de la perfecta y riquísima simplicidad, que es Dios.

La llave de esta admirable economía es Jesucristo, el cual, siendo Dios, se hizo hombre y arrastró hacia Dios todas las cosas que de él salieran.

“Dios en la circunferencia de sus obras —dice el famoso Cardenal de Berulle— y en el movimiento de sus consejos es como un círculo maravilloso que se forma ter-

minando en el mismo punto donde principió. Dios produce todas las cosas por medio de su Verbo, y el Verbo es el principio, por quien se realizó la creación del mundo, la cual termina en la producción del hombre, como en la última de las obras de Dios: Dios, pues, uniendo la naturaleza humana a su Verbo, unió y juntó, por este medio la última de sus obras con el principio de las mismas. Y, por otra parte, siendo la naturaleza el compendio del universo, y el sujeto en quien, según sus diversos grados y propiedades, se recapitulan todas las criaturas, es evidente que al unirse el hombre a Dios, vuelve a Dios el universo mismo que de Dios saliera”.

En Jesucristo entonces están, no sólo como en un principio sino como en su reposo y consumación, todas las nuevas criaturas de un mundo nuevo. Él es la *recapitulación* del universo.

Este admirable plan de Dios que atrae hacia sí todas las cosas, atrae también las voluntades de los hombres y por ende, la historia, que es el grandioso escenario donde ejecutan su juego estas voluntades.

La historia debe entonces estar colocada bajo el signo de Cristo.

Dios escribe en ella este nombre augusto, que *es sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y en los infiernos.* (San Pablo, a los filipenses II, 9 y sig.).

La historia entonces ha de ser cristiana porque ha de proclamar a Jesucristo, Rey de las naciones.

Cuando se considera el desarrollo de los hechos humanos, la desviación y rebeldías de los pueblos de los caminos divinos, se siente uno inclinado a creer que son los hombres quienes, burlando los soberanos designios de Dios, tejen a su antojo la trama de la historia.

Pero esta creencia se funda en una mirada fragmentaria, superficial y desproporcionada de la realidad histórica. Es como quien mirase por el reverso un maravilloso gobelino.

No hay duda que si Dios escribe el nombre de Cristo sobre los infinitos acontecimientos humanos, este nombre lo leeremos cuando a Él le plazca convocarnos para su lectura. Será esto en el juicio solemne de los pueblos cuando venga el Hijo del Hombre en la Majestad de las nubes. Y esa lec-

tura ha de ser plena y definitiva para cada pueblo y para cada hombre.

Pero mientras tanto, aunque no podamos lograr una lectura tan perfecta, no se sigue que cada cual esté facultado para no leer nada o leer lo que le venga en ganas. Una *filosofía de la historia* es necesaria al hombre y ésta no puede dejar de ser cristiana. Por limitado que sea nuestro conocimiento de la trayectoria de los acontecimientos históricos, (limitación que se deja sentir en mayor o menor grado en todos los conocimientos humanos) no puede éste desenvolverse sino teniendo en cuenta la comunicación de los designios divinos formulados por Dios al hombre y de los cuales es depositaria la Santa Iglesia.

Esta palabra de Dios se contiene en los libros canónicos del Antiguo y Nuevo Testamento y en la tradición oral; tanto la tradición escrita como la oral está confiada al Magisterio de la Iglesia, cuya boca infalible es el Romano Pontífice.

Una filosofía de la historia si quiere ser verdadera no debe contradecir la más mínima verdad de este Sagrado Depósito y el filósofo prudente no dejará desperdiciar la luz que esta divina verdad arroja sobre el

curso de la historia, como asimismo lo que manifiesta el magisterio y gobierno de la Iglesia de Jesucristo que está asistida habitualmente por el Espíritu Santo.

Con este criterio publicamos el presente opúsculo que está destinado a completar lo que hace tres años expusimos en *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*.

Con ello queremos contribuir a la obra tan urgente de esclarecimiento de las modernas inteligencias, profundamente entenebrecidas por los errores de una educación laica y naturalista.

En un momento como el presente en que la confusión más absoluta invade las mentes de los hombres, nada más sabio que volvernos hacia la palabra de Aquel que *dijo* y se hizo la luz.

CRISTIANDAD

⌈ Cristiandad viene de *Christianitas* y significa un conjunto de pueblos, que públicamente se propone vivir de acuerdo con las leyes del santo Evangelio de las que es depositaria la Santa Iglesia.

Quando las naciones, en su vida interna y en sus mutuas relaciones, se conformen con las enseñanzas del Romano Pontífice y, en la economía, en la política, en la moral, no legislen sino de acuerdo a su sagrado Magisterio, tendremos un concierto de pueblos cristianos, o sea una Cristiandad.

De esto, algo se ha conocido en la historia. Antes de la Revolución francesa, los pueblos europeos, por pecadores que fuesen, reconocían públicamente los inviolables derechos de la Iglesia. Se pecaba sin duda, pero no se pecaba de impiedad.

La Cristiandad no es, en substancia, sino este público reconocimiento de la divinidad de Jesucristo y de su Santa Iglesia, manifestado no por meros actos de culto sino por la legislación permanente que regula la vida misma de la nación, para que toda ella se ajuste a este soberano servicio del supremo Señor.

No cabe duda que la Cristiandad podía sufrir graves heridas en la medida en que un pueblo desconocía ciertos derechos de la Iglesia; pero, mientras no había un desconocimiento total de la soberanía espiritual, o sea mientras no se pecaba de impiedad, desconociendo a la Iglesia, a Je-

sucristo y a Dios como se hizo en la Revolución francesa, ella permanecía en pie.

Desde entonces hasta ahora, la Cristiandad ha desaparecido. Queda, sí, la Iglesia con su poderosa organización externa dilatada por todo el orbe y con su poderosísimo dinamismo interno que quiere incendiar el mundo en la caridad de Dios.

¿Logrará la Iglesia vencer las ingentes resistencias que en el corazón de los pueblos se oponen a su acción? ¿Logrará convertir al mundo en Cristiandad? He aquí el problema planteado.

Y quisiera que su solución saliera de la consideración atenta del momento que estamos viviendo. Porque "el preciso momento" que vivimos, por fugaz que pueda aparecer, de tal modo está cargado de una fuerza impresa en el pasado que actúa sobre los individuos y grupos sociales presentes, condicionando sus posibilidades, que también condicionan el futuro, que, si en parte es obra nuestra, en parte aún mayor es dado por un complejo de circunstancias, todas ellas dirigidas por la mano de Aquél que *dirige las naciones sobre la tierra*. (Salmo LXVI, 5).

Creemos en la "lógica" de la historia; no una lógica por cierto descarnada, sino complejísima como la de todo ser vivo, actuada por infinitos determinantes, pero lógica al fin, porque nada acaece sin estar sabiamente preparado de antemano.

Sin duda que la inteligencia que lee en los hechos históricos, buscando de desentrañar su sentido, debe atender, si no quiere equivocarse, a estos infinitos determinantes, y ello no es posible en forma adecuada sino tan sólo a la Inteligencia, capaz de pesarlos todos en su justo valor y medida; pero, en un sector limitado, puede la inteligencia humana, rectamente aplicada, de tal suerte adentrar y profundizar que alcance a vislumbrar las líneas esenciales de un futuro no muy remoto.

EL MOMENTO ACTUAL

La tarea presente consiste en ubicar el momento actual para captar todo su contenido histórico, lo cual no es posible sino comparándole con los momentos precedentes.

En un determinado volumen histórico, p. ej. el período de 1914 hasta el presente, esta comparación nos da *la dirección de la trayectoria* del momento estudiado, es decir si es progresivo o regresivo en la jerarquía de los valores humanos y *el grado de su intensidad*, que puede calcularse por la relación de la magnitud de los cambios operados con el tiempo empleado. Esta intensidad refleja la fuerza de gravitación del momento estudiado o sea su acercamiento al fin de la historia misma, que no puede sino coincidir con el de la humanidad. Porque en los fenómenos humanos ha de acaecer algo análogo a lo que observamos en el orden físico de los cuerpos: cuanto más se acercan a su centro de gravedad, mayor ímpetu llevan.

El momento actual que nos interesa en el presente estudio es ese pedazo de historia que vive el mundo desde 1914 hasta el momento presente. Decimos, "pedazo de historia que vive el mundo" porque sólo alcanzan interés los fenómenos históricos si tienen repercusión *universal*; esto es, si afectan a la suerte del mundo, de la humanidad.

Ahora bien, ¿qué se observa en este lapso que apenas suma veinticinco años, que no

observemos en los cuatro siglos que le preceden?

Hasta 1914 el mundo vive una relativa homogeneidad. Teocentrismo de la edad media, naturalismo aristocrático de la edad moderna que llena los siglos XVII y XVIII, burguesismo afiebrado del siglo XIX. Hay sin duda un descenso en la jerarquía de los valores humanos pero se conserva una configuración uniforme del ambiente y del estado general de la vida. Pero llega la guerra europea y el mundo entra en *convulsión*. En lugar de prolongarse el burguesismo, o ser substituído por su heredero obligado el comunismo, surge, además del burguesismo que se prolonga y del comunismo que amenaza devorar el mundo, otro movimiento que podríamos caracterizar como de defensa de las naciones y denominar nacionalismo, el cual, según el medio en que se desarrolla, logra tres formas típicas muy diversas, la una netamente pagana, como el nazismo de Alemania, la otra cristiana como la que se insinúa en España, y una tercera, intermedia, limitada al plano de lo político, que es el fascismo italiano¹.

1. Para entender bien todo esto, expresado algo esquemáticamente, recomendamos la lectura del Epílogo de

Estas diversas concepciones de la vida que logran adeptos indistintamente en un mismo pueblo y aun en un mismo grupo social y hasta en una misma familia, se concretan particularmente en determinados países que vienen a constituirse como puntos de propulsión del movimiento en todo el mundo. Y así tenemos a Inglaterra como campeón del burguesismo, a Rusia como foco del comunismo y a Alemania como a heraldo del nacionalismo.

Entre tanto, el mundo eslavo se despierta bajo la égida de Rusia; el mundo germano se siente predestinado a dominar la tierra; Inglaterra y su satélite Francia, baluartes del liberalismo, se derrumban; el Japón encabeza la marcha de los pueblos asiáticos; Estados Unidos, con sus arcas repletas del oro de la tierra, se apresta a defender su vacilante existencia; los judíos que estaban dando término a su tarea secular de conquistar el orbe, son desalojados drásticamente de todas sus posiciones; y así mientras en el orden internacional todo entra en ebullición, en el orden interno de los

Concepción católica de la Economía, Un juicio católico sobre los problemas nuevos de la Política y Los tres pueblos bíblicos.

pueblos y de los grupos sociales, en la política, en la economía, en las costumbres, en las artes y en las ciencias, todo también se agita y convulsiona.

CARACTERES DEL MOMENTO ACTUAL

Para apreciar en su amplitud el alcance histórico de los fenómenos denunciados observemos en primer lugar su carácter de *universalidad*, es decir, que así como el teocentrismo, o el naturalismo o el burguesismo son fenómenos relativamente universales, o sea que, en su momento, afectaban por igual a todos los pueblos de la tierra, así también este *estado de convulsión* afecta por igual a todos los pueblos y a todas las actividades de cada pueblo.

Observemos en segundo lugar cómo en un área histórica relativamente reducida que apenas comprende veinticinco años, tienen lugar acontecimientos tales que cada uno de ellos sería suficiente, en otra época, para llenar un siglo. Guerra europea, revolución comunista de 1917, advenimiento del fascismo, revolución nacional-socialista, revolución española, guerra de los estados

totalitarios contra las democracias. Esto nos da idea del *vértigo* que agita a la humanidad en estos momentos, lo cual, junto con el carácter de *universalidad* observado anteriormente, es síntoma claro de que la humanidad se encuentra en sus postreros días.

Porque, como el ritmo de aceleración que lleva el mundo ha de continuar acelerándose, y no parece que pueda faltar mucho para que alcance la rapidez del instante, el fin, que se confunde con el instante mismo, o sea con la negación de tiempo, no puede sino estar cerca.

Observemos por fin la trayectoria del momento actual que si lleva una dirección *regresiva*, por la naturaleza de las fuerzas en juego, tales como el burguesismo y el comunismo, según he expuesto más especialmente en el Epílogo de *Concepción Católica de la Economía*, también la lleva progresiva, no sólo por el nacionalismo que es un movimiento económico-político, que intenta remontar esta corriente descendente de la humanidad, sino también y mucho más, por el nuevo empuje de vitalidad católica, que se observa en todo el mundo. Es precisamente este encuentro de fuerzas que

suben y bajan, el que provoca la convulsión característica del momento actual.

No es posible omitir aquí otra observación que nos permite vislumbrar la duración de los períodos históricos que se aproximan y que vendría a corroborar la hipótesis del fin de la humanidad presente. Si las fuerzas *progresivas* que puján hoy por triunfar fracasaran en su propósito, cosa que no admitimos, según expondremos más adelante, la humanidad caería irremediablemente en un estado de caos, en que se devoraría a sí misma. Ese estado podría revestir una o diversas estructuras económico-políticas que podrían asemejarle al burguesismo, al comunismo o a un puro anarquismo, como el de la selva; eso sería indiferente. Lo esencial estribaría en que ese estado supondría un *agotamiento total de todas las energías humanas*. La humanidad no daría ni podría dar *frutos de vida humana*. Estaría de más sobre la tierra; ni valdría la pena preguntarse si viviría mucho porque no se sabría para qué viviría.

Si en cambio llega a triunfar el esfuerzo *progresivo* que observamos hoy y se tradujera en un estado de calidad superior que nos librara de sucumbir en la animalidad

bürguesa o en la barbarie comunista, se efectuaría esto tan "contra corriente" que no podría durar mucho tiempo. Porque es evidente que ese estado si llegara a introducirse *por la fuerza* como pretenden entronizarle los regímenes políticos, ni sería *superior*, ya que nos privaría del bien humano de la libertad, ni sería durable porque sólo lo *connatural* puede serlo.

¶ Pero si se quiere introducir un estado superior, que remonte la fuerza de *decaimiento* que arrastra a la humanidad y que este estado sea *connatural* a los pueblos, es necesario entonces someter a éstos a una severísima prueba de purificación que destruya toda esa espesa costra de perversión y rebeldía acumulada en cuatro siglos de historia y dejarles en conformidad con este estado nuevo superior. Pero ese proceso de purificación que, como veremos más adelante es imprescindible, si ha de revivir la Cristiandad, como esperamos, no puede verificarse sino a costa de terribles tribulaciones, proporcionadas a la carga maléfica de desviaciones que pesan sobre el hombre, y éstas obran no *física* sino *psíquicamente*, es decir, por los sentidos y las facultades psíquicas. De donde deducimos que este

estado no podría prolongarse más allá de veinticinco años, o sea el tiempo que actúa en la vida una generación, porque los hombres vivirían de buen grado en el orden, mientras anduvieran bajo la obsesión de las tribulaciones pasadas; pero tan pronto este recuerdo activo y vivo se perdiera, la vida de licencia y rebeliones retornaría, reagravada con el empuje de aquellos años de contención.

Es decir, que si se produce una interrupción en el proceso descendente de la historia, durante la cual tiene lugar un período de paz y de tranquilidad, (una Cristiandad por ejemplo, como un monte sobre ese extendido y dilatado plano descendente), no hay que imaginar que toda la fuerza que la humanidad traía, buena o mala, se pierda; podrá apenas interrumpirse y esta interrupción durará tan sólo mientras exista la causa que la produce y en este caso, mientras subsista la imagen viva de los castigos sufridos.

No hay duda que *la Causa Primera* que ha hecho al hombre podría, si quisiera, mudarle totalmente en el momento que le plazca e iniciar un nuevo y largo período de la historia humana. Pero como Dios obra con sabiduría no interviene sino proporcional-

mente al fin que busca con su intervención. Intervino una vez, *interrumpiendo* un *proceso descendente* de la historia humana, pero fué con la introducción de una *Levadura* superexcelsa, *que está por encima de todo nombre*, y ella sola vale más que toda la historia. Porque la Encarnación del Verbo no está dentro de la historia. La historia está atraída y como arrastrada hacia el Verbo, hecho carne. Y como para los fines admirables de la Encarnación, era necesario, antes de sí y después de sí, un largo tiempo, — que santo Tomás considera prolijamente (Suma Teológica, III, a. 4 y 5) — Dios se lo tomó a su soberano arbitrio, mudando a su beneplácito el corazón de los hombres e iniciando la era cristiana. Esta que es la séptima y última edad de la humanidad, según enseña santo Tomás, siguiendo a san Agustín, es relativamente una interrupción larga en aquel proceso; pero se explica de sobra, no sólo por la magnitud de la Causa que interviene sino por ella misma que más que interrupción es la razón de ser de todos los otros años de la historia humana.

Pero si se produce ahora una *interrupción* no existe razón para prolongarla más del tiempo estrictamente suficiente para

que se cumpla aquello que fué impedido por la malicia de los hombres, lo cual según explicaremos, puede serlo en el espacio de una generación.

Lo que más nos interesa consignar aquí es lo erróneo de toda consideración histórica que confía a largos plazos de tiempo la mudanza de las cosas, como si éstas, lejos de ser regidas y sometidas al tiempo, fuesen rectoras del tiempo y dispusiesen de él para cumplir sus planes. De aquí que el análisis del momento actual, determinando su universalidad, su intensidad y su convulsividad, denota suficientemente que todo cambio de las condiciones morales de los pueblos, por radical y profundo que fuere, será cada vez más rápido hasta alcanzar el límite del instante, cuando *in icta oculi*, en un abrir y cerrar de ojos, aparezca sobre las nubes el Hijo del Hombre.

Pero volvamos a tomar el hilo de nuestro razonamiento central. Vemos que el momento actual es un momento no homogéneo, sino heterogéneo, es decir *convulsivo*. O sea, que cada actividad de un pueblo y el pueblo mismo, en lo que tiene de unidad, está agitado por tres o cuatro fuerzas encontradas. Como se ve, esto no ha acon-

tecido en los cuatro siglos anteriores. Porque entonces ha habido, es cierto, el choque de fuerzas, que es inevitable en todo conjunto de seres vivos y que es lo vulgarmente denominado lucha por la vida; pero esta lucha, o bien se hacía por motivos locales o circunstanciales —dentro de la *homogeneidad* de tendencia que caracterizaba la vida o el siglo— o era la lucha inevitable de las fuerzas de un mismo plano descendente como aconteció en la Reforma o en la Revolución francesa. Pero ahora, la lucha se entabla universalmente, y universalmente en cada punto del globo y no entre dos fuerzas de un mismo plano descendente que en este caso serían el burguesismo y el comunismo, sino entre tres y aún cuatro fuerzas universales antagónicas. El momento actual es entonces, por lo que tiene de mayor interés para nuestro estudio, *universalmente convulsivo*.

LA IGLESIA Y SU DINAMISMO DE DOMINACIÓN UNIVERSAL

Pero alguno preguntará, ¿qué alcance puede tener el hecho de la convulsividad

del momento actual? ¿Puede revelarnos algo la ruptura, acaecida en 1914, del proceso de homogeneidad que desde hacía cuatro siglos caracterizaba al mundo?

No podemos dar a esto una respuesta suficiente si no reflexionamos antes en la transcendencia histórica de una verdad ineludible. Hela aquí: existe en la tierra una institución universal, fundada por Dios, llamada Iglesia Católica, Apostólica, Romana que tiene como destino la dominación espiritual de todos los pueblos.

No es menester traer aquí los fundamentos teológicos de esta verdad, tan admirablemente expuestos por S. S. Pío XI en su encíclica sobre la Realeza de Cristo y mucho menos aducir los fundamentos apolo-
géticos.

Pero es menester, para católicos y no católicos, poner de relieve la fuerza histórica viva de esta verdad. Porque si Jesucristo es Dios y Cristo ha fundado la Santa Iglesia con este destino que debe realizarse en el tiempo, es evidente que la Santa Iglesia debe ser considerada por el historiador que no quiera equivocarse, con esta fuerza operativa gigantesca que logrará su objetivo, a pesar de todos los pesares y contra la más

descomunal fuerza de la correntada histórica. Suponer otra cosa vale la ingenuidad de imaginar que el querer de Dios es como el nuestro pura veleidad.

Oportet Deus regnare. Es necesario que Jesucristo reine, es palabra viva de Dios que nos ha sido transmitida por el Apóstol san Pablo. Y los textos bíblicos, que son también palabra indefectible de Dios, nos muestran a Jesucristo ejerciendo en el tiempo y sobre las naciones su realeza, como quien *tiene sobre todas las cosas creadas sumo y absolutísimo imperio.* (Pío XI en *Quas Primas*).

Leamos en el Salmo segundo del profeta David, el lenguaje de la impiedad moderna frente a esta soberana y universal Realeza y la respuesta de Dios:

1. *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas?*

2. *Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo.*

3. *Destricemos sus ataduras: y sacudamos de nosotros su yugo.*

4. *El que habita en los cielos se burlará de ellos: y el Señor los escarnecerá.*

5. *Entonces les hablará Él en su ira, y los conturbará en su furor.*

6. *Mas yo he sido por Él establecido rey sobre Sion, monte santo suyo, para predicar su precepto.*

7. *El Señor me dijo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy.*

8. *Pídeme, y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesión tuya los términos de la tierra.*

9. *Los gobernarás con vara de hierro, y como a vaso de alfarero los quebrantarás.*

10. *Y ahora, reyes, entended: sed instruídos los que juzgáis la tierra.*

11. *Servid al Señor con temor: y regocijaos en Él con temblor.*

12. *Asid la enseñanza, no sea que alguna vez se enoje el Señor, y perezcáis del camino justo.*

13. *Cuando en breve se enardeciere su ira, bienaventurados todos los que confían en Él.*

Y de este lenguaje categórico proclamando la Suprema y Universal Soberanía de Jesucristo podemos llenar páginas de todos los Sagrados Libros.

El que es imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura. Porque en Él

fueron criadas todas las cosas, que hay en los cielos, y en la tierra, las visibles, y las invisibles, ahora sean tronos, o dominaciones, o principados, o potestades: todas fueron criadas por Él mismo, y en Él mismo: Y Él es ante todas las cosas, y todas subsisten por Él (Col. I, 15 y sigs.). Al cual constituyó (Dios) heredero de todo (Hebr. I, 2). En los días de Él nacerá justicia, y abundancia de paz: hasta que sea quitada la luna. Y dominará de mar a mar: y desde el río hasta los términos de la redondez de la tierra (Salmo LXXI, 7 y sig.).

No puede, pues, sorprendernos que aquel que es llamado por san Juan, "Príncipe de los Reyes de la tierra" lleve, como apareció al apóstol en la visión apocalíptica "en su vestido y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de los señores". Puesto que el Padre Eterno constituyó a Cristo heredero universal, es preciso que Él reine hasta que lleve, al fin de los siglos, a los pies del Trono de Dios a todos sus enemigos (Pío XI en Quas Primas).

De los textos creemos que no sólo se deduce el derecho de Jesucristo a reinar espiritualmente sobre todas las naciones sino el ejercicio de este derecho. Debe llegar un

momento en que todos los pueblos de la tierra reconozcan de grado la suprema Realeza de Jesucristo y se comporten como naciones cristianas. Suponer otra cosa sería imaginar que esa voluntad de Dios con respecto al reinado de Cristo sobre los pueblos se ha frustrado.

La Cristiandad entonces debe realizarse como un hecho universal. No se diga que este reinado de Jesucristo no ha de cumplirse en el plazo histórico nuestro sino fuera de la Iglesia y de la historia. Porque aún cuando pudiera ser cierta la tesis milenarista que sostiene que entre la historia y el juicio universal habrá un reinado de Jesucristo de mil años, en el que se cumplirán *literalmente* los textos mesiánicos de la Realeza universal del Redentor¹, no impide ello la tesis nuestra, que es asertiva y no exclusiva, del reinado espiritual dentro de la historia, por el triunfo de la Santa Iglesia.

Creemos que Jesucristo debe reinar sobre las naciones por el reconocimiento de la soberanía de la Iglesia y puede también, una

1. Sobre este tema véase: *Apocalipseos Interpretatio Litteralis*, por el Pbro. Rafael Eyzaguirre, 1911, y *Restauración del Reino de Israel*, por el Dr. José Ignacio Olmedo, Buenos Aires, 1937.

vez desaparecida la Iglesia y el Pontífice Romano, reinar en persona, haciéndose visible en medio de los pueblos pacificados. Sea lo que fuere de este segundo reinado¹, afirmamos que de la primera manera, en el triunfo de su Iglesia, debe reinar Jesucristo.

Con esta manera concuerda mejor lo que enseña Pío XI en su carta encíclica:

"Que este reino, por otra parte, sea principalmente espiritual y se refiera a las cosas espirituales nos lo demuestran los pasajes de la Sagrada Biblia antes citados y nos lo confirma el mismo Jesucristo con su modo de obrar. En varias ocasiones, en efecto, cuan-

1. Expresamente tratamos de eludir una discusión a fondo de la tesis milenarista, porque requeriría una extensión que pasaría los justos límites de una nota. Ello no impide que dejemos expuesto nuestro pensamiento al respecto.

Creemos que la tesis milenarista, tal como la defienden sus modernos sostenedores, no puede admitirse ni en los términos por ellos propuestos ni por los argumentos con que es reivindicada. Sin embargo hay en dicha tesis un pensamiento central que sus expositores destacan magníficamente y que no siempre alcanza en otros autores católicos la singular importancia que tiene. Me refiero al dogma, tan insistentemente predicado en todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, de la *segunda venida de Jesucristo a la tierra*, en gloria y majestad. Esta venida del Salvador, que ha de ser una plenitud, simbólicamente expresada por mil años, será en toda verdad un juicio público y solemne de naciones, pueblos y razas, sobre los cuales Jesucristo, en un acto definitivo, ha de reivindicar las prerrogativas de su absoluta y universal reyecía.

do los judíos y los mismos apóstoles creían erróneamente que el Mesías devolvería la libertad al pueblo y establecería el reino de Israel, Él procuró quitarles de la cabeza este vano intento y esperanza; y también, cuando estaba para ser proclamado Rey, por la multitud que llena de admiración le rodeaba, Él declinó tal título y tal honor, retirándose y escondiéndose en la soledad; finalmente, delante del presidente romano anunció que su reino no era de este mundo. Este reino en los Evangelios se nos presenta de tal modo, que los hombres deben prepararse para entrar en él por medio de la penitencia, y no pueden entrar sino por la fe y por el bautismo, el cual sacramento, aunque sea un rito exterior, purifica y produce la regeneración interior. Este reino es opuesto únicamente al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas, y exige de sus súbditos, no solamente un ánimo despegado de las riquezas y de las cosas terrenas, la dulzura de las costumbres y el hambre de justicia, sino también que se nieguen a sí mismos y tomen su cruz".

Pero hay otra razón poderosa para confirmar la tesis de que la Cristiandad deba realizarse y ella se basa en el único móvil,

expresado constantemente de mil diversas maneras, que agita con fuerza la acción de los últimos pontífices, dando admirable unidad a una actividad múltiple y fecunda. Porque desde Pío IX hasta Pío XII, vemos a los pontífices romanos proponerse constantemente un único y supremo objetivo: *la restauración de todas las cosas en Cristo*, como decía Pío X, o *la Paz de Cristo en el reino de Cristo*, según la expresión de Pío XI, o *la paz* (esto es la Cristiandad) *obra de la justicia y de la caridad*, en frase de Pío XII¹.

Las palabras con que Pío XI comienza su encíclica sobre la Realeza de Jesucristo, constituyen el lenguaje ordinario de todos los últimos pontífices.

En la primera encíclica que dirigimos — dice — una vez ascendidos al Pontificado, a todos los obispos del orbe católico, mientras indagábamos las causas principales de las calamidades que oprimían y angustiaban al género humano, recordamos haber dicho claramente que tan grande inundación de males se extendía por el mundo, porque la mayor parte de los hombres se habían alejado de Jesucristo y de su santa luz en la prác-

1. Ver nuestro artículo *Pastor Angelicus* en el n° 2 de la revista *Sol y Luna*.

tica de su vida, en la familia y en las cosas públicas; y que no podía haber esperanza cierta de paz duradera entre los pueblos, mientras los individuos y las naciones negasen y renegasen el imperio de Cristo Salvador. Por lo tanto, como advertimos entonces que era necesario buscar la paz de Cristo en el reino de Cristo, así anunciábamos también que habíamos de hacer para este fin cuanto nos fuere posible; "en el reino de Cristo", decíamos, porque nos parecía que no se puede tender más eficazmente a la renovación y afianzamiento de la paz, sino mediante la restauración del reino de nuestro Señor (Pío XI, Quas Primas).

Además, las maravillosas encíclicas de los últimos pontífices, coronadas por la institución de la fiesta de Cristo Rey, parecen expresar el hondo presentimiento que anima a la Iglesia de que no está lejano el día en que el mundo pueda ordenarse otra vez bajo el imperio de Cristo Rey.

De aquí que la doctrina y la acción de la Iglesia nos dé derecho a afirmar que la conformación de las naciones bajo el cetro de la realeza de Jesucristo puede ser una pronta realidad.

LA DOMINACIÓN UNIVERSAL DE LA IGLESIA Y EL MOMENTO ACTUAL

El historiador que pondera los hechos históricos para medir su alcance y fijarles su justa y proporcionada ubicación, no puede ignorar este *hecho* inefable, colocado a la cabeza de todos los pueblos, como un sol que los atrae a todos en su órbita de acción.

Y si esta verdad debe tenerla siempre presente porque la historia no cobra sentido sino en función de ella, debe recordarla más especialmente en un momento como el actual, cuando se rompe el proceso homogéneo varias veces secular, y se produce una convulsión, y una convulsión vertiginosa y universal.

Por allí hay que empezar a buscar la solución del porqué se ha producido esta convulsión. Una convulsión no puede producirse porque sí. Se explica, vuelvo a repetir, que si se está desarrollando un *proceso histórico descendente* que lleva siglos, como el que viene desarrollándose desde el Teocentrismo medioeval, se produzca un choque entre una fuerza existente y otra nueva, la inmediatamente inferior, que puja por subir; pero que entre ésta y aquélla aparezca una nueva

fuerza que lucha contra ambas, es algo cuya explicación debe buscarse. En otras palabras, el burguesismo del siglo XIX, se explica. El comunismo, se explica; un choque entre ambos, también se explica. Pero la introducción de una fuerza nueva como el fascismo italiano, o el movimiento nacional-socialista de Alemania, o el triunfo de la España nacionalista, ¿cómo puede explicarse en el proceso histórico regular de los últimos siglos? ¿En un mundo aburguesado y proletarizado, cómo han podido hacer cuerpo virtudes nuevas, con estilo de heroísmo?

En el ciclo de los fenómenos históricos esta aparición singular, un verdadero milagro, no puede sino ser efecto de una singular intervención de la Causa Primera, como si hubiese querido alterar el curso regular de los fenómenos que se venía cumpliendo, para realizar un designio que no puede lograrse.

Y a quien pudiera excitarle leve risa este llamado a causas extramundanas, no olvide que en cualquier forma quedarían por explicar los triunfos fulminantes de los conductores que acaudillan estas fuerzas, los cuales parecen suscitados para cumplir fines singulares de la Providencia.

Y ¿qué otro designio podrá ser éste sino la dominación universal de la Santa Iglesia que en veinte siglos no ha podido cumplirse aún?

Luego podemos afirmar que si se produce un quebrantamiento del proceso histórico regular no es sino para que se cumpla el destino que le cabe a la Santa Iglesia de Jesucristo de extender su soberanía espiritual de un extremo al otro del orbe.

Y relacionando esto con otras enseñanzas sagradas, podemos afirmar que esta interrupción se efectuaría para que se cumpla aquella palabra de Jesucristo:

Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas las gentes: y entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14).

Es decir que la Cristiandad de que hablamos, o sea el reino de Cristo en la historia, coincidiría con esta universal predicación del santo Evangelio.

También podemos ver expresada esta interrupción de la historia para sublimar la Cristiandad en la palabra "nondum statim" del Evangelio de san Lucas, cap. XXI, versículo 9. Dice así:

Y cuando oyéreis guerras y sediciones, no os espantéis: porque es necesario, que esto acontezca primero, mas no será INMEDIATAMENTE el fin (sed nondum statim finis).

Creemos que esta palabra *nondum statim* "no será inmediatamente" significa no un mero plazo de tiempo, sino la intercalación de un tiempo de otra especie y calidad; como si entre el estado de guerra y revoluciones, que vendría a coincidir con lo que aquí comprendemos por momento actual y que también puede llamarse "tiempo de la purificación de las naciones" (que abarca probablemente 35 años —1914-1949—, si hemos de creer a la *Aparición de la Saleta*) y los otros hechos que Jesucristo entra a referir como precursores inmediatos del fin del mundo, tuviera lugar una verdadera interrupción del curso regular de la historia por una intervención especial de la Causa Primera, un repliegue hacia arriba en la línea descendente de la humanidad, la aparición de un hecho de calidad superior. En otras palabras, un monte interrumpiendo ese plano descendente: la Cristiandad, o sea Cristo adorado y servido públicamente por todas las naciones del orbe.

CÓMO PUEDE SERVIR EL MOMENTO ACTUAL A LA CRISTIANDAD

Entremos ya a exponer en qué medida puede el momento actual, universalmente convulsivo, contribuir al orden público cristiano que creemos cercano. Y para que el lector se oriente en el curso de una exposición a veces desordenada, recordemos que estos servicios pueden resumirse en la *destrucción* de un orden anticristiano y en la *construcción* del nuevo orden cristiano. Porque de ambas maneras son estos servicios, como se verá más adelante.

Tres son las fuerzas principales que en el momento actual están en lucha, (omitiedo deliberadamente una cuarta, que es el dinamismo divino de la Iglesia) es a saber: Rusia o el comunismo, Alemania o el nacional-socialismo, Inglaterra-Francia o el demoliberalismo.

Como esta clasificación no coincide con la distribución de fuerzas que expuse en las últimas páginas de *Los tres pueblos bíblicos*, se hace necesaria aquí una aclaración. La tesis formulada allí sobre la supervivencia de los tres pueblos bíblicos queda en pie; pero ha variado en estos tres años la manera de

sobrevivir de uno de estos tres pueblos, o sea de los judíos. Y este es uno de los fenómenos más importantes acaecidos en el mundo en estos últimos años. Los judíos han sido desplazados de Rusia y, lo que es lo mismo, la *organización comunista* ha recibido un golpe mortal.

En aquel entonces, Rusia, el comunismo y los judíos eran una misma cosa. Entonces era exacta esta afirmación: "Que desde Moscú se dirija la satanización de los pueblos por el comunismo no puede haber duda; y de que en Moscú sean los judíos los que gobiernan y dirigen esta campaña, tampoco puede haber duda ninguna" (página 65).

Pero ya entonces, en Moscú se estaba operando un desplazamiento de los judíos que culminó con el fracaso de la intervención en España. Rusia sigue siendo comunista, pero sin los judíos. Y como sin los judíos, no hay verdadero comunismo, Rusia practica una *apariencia* de comunismo. Un comunismo sin comunismo. Es decir, se mantiene el programa y la organización económica del "esquema" comunista pero sin el "satanismo judaico". Rusia, aún manteniendo su ateísmo y comunización de la tie-

rra, irá evolucionando hacia el paneslavismo de Pedro el grande.

A alguien podrá extrañarle que a pesar de esto, hablemos aquí de Rusia como foco del comunismo. Pero la razón es clara: si bien el comunismo propiamente dicho, judaico y satánico, ha sido derrotado en el suelo español, mientras Rusia mantenga su configuración comunista y su imperialismo, hay que temerla como foco del comunismo, porque en un juego de fuerzas, quedando dueña de la situación, puede sembrar un caos general, donde el verdadero comunismo prenda.

Porque no hay que olvidar que el comunismo ha podido ser derrotado como organización, pero no como estado espiritual, heredero legítimo del burguesismo o demoliberalismo. Ahora bien, mientras no se establezca un orden que rompa la lógica de la historia en el proceso descendente que vivimos, el comunismo puede organizarse, establecer un foco central en cualquier parte del globo y dominar el mundo. Y un avance ruso sobre Europa, desquiciada y desgarrada, puede ser una magnífica ocasión para ello.

Este punto de vista, como se ve, dista del de los que solidarizan la política rusa actual con la de Alemania y del de los que piensan que el poderío ruso no merece tenerse en cuenta. Rusia, creemos, quiere el fracaso de la política del Eje y quiere también el debilitamiento de Inglaterra. Su poderío es grande, aunque no pueda medirse ni con el Eje, ni con Japón. Pero en el caso de un grave debilitamiento de Inglaterra y del Eje, puede avanzar hacia Europa, imponiendo una configuración económico-política francamente comunista, como lo demuestra su acción en los países recientemente anexados.

Observemos de paso que los judíos fracasados en su tarea de imponer el comunismo por la Tercera Internacional han hecho causa común con la política inglesa. No podía ser de otra manera.

Es innecesario destacar la importancia enorme que la expulsión de los judíos del gobierno de los pueblos significa para la reconstrucción de la cristiandad.

Para quien conozca la mano judía en todo el proceso de demolición de la sociedad cristiana, como hemos expuesto en *El Judío*, se le hará fácil comprenderla.

Hechas estas salvedades, consideramos es-

tas tres fuerzas como capitales para imponer una decisión en Europa. Cada una de estas tres fuerzas, en sí anticristianas, anhela un bien que sólo la Iglesia puede otorgar al hombre. El comunismo, por ejemplo, cuyo anticristianismo ha sido tan fuertemente denunciado por la *Divini Redemptoris*, preconiza el bienestar de las clases trabajadoras; el nacional-socialismo, condenado por el Papa en *Mit brennerder sorge*, pregona un régimen de justicia y autoridad para los pueblos, un *orden nuevo*, que es sin duda indispensable para la paz de los pueblos y que ellos quisieran imponer por la fuerza; y el demoliberalismo, salido de la Revolución y del filosofismo y, como tal, profundamente anticristiano, anhela respetar la libertad del hombre.

Estas tres naciones, focos de movimientos universales anticristianos, anhelan un bien que sólo la Iglesia puede conceder al hombre. Pareciera entonces que una lucha entre ellas podría traer como resultado la destrucción de las tres como fuerzas anticristianas, sublimando en los pueblos la misión de la Iglesia como promotora de los tres bienes por ellas anhelados, es a saber, la autoridad, la libertad y el bienestar obrero. Si queremos

la Cristiandad, deben desaparecer las fuerzas que ocupan en el corazón de los pueblos el lugar que a ella le corresponde. Hay que destruir la estructura anticristiana. Este es precisamente el gran servicio que, sin saberlo y sin quererlo, está prestando el Eje a la Iglesia. Con la derrota de Francia y con el debilitamiento de Inglaterra sucumbe un mundo salido del filosofismo y de la Revolución y, con él, caen los mitos de la democracia, del liberalismo, del laicismo y del capitalismo. Los pueblos cobran conciencia de la mentira y falsedad de esta babel que la impiedad quiso levantar hasta el cielo.

¿Triunfa entonces el Eje? Triunfa, sí, en el cumplimiento de la misión que le ha sido fijada, de destruir un orden falso; pero no puede triunfar en su tentativa de establecer un orden nuevo germánico. Alemania, la nacional-socialista, después de haber dominado el continente europeo, gobernándolo con vara de hierro, ya que a éste le pareció pesado el cayado amoroso de la Santa Iglesia, y de haber debilitado a Inglaterra, sucumbirá también ella, quedando su gigantesco intento de forjar un orden nuevo como vana ilusión del orgullo humano.

Imaginarse que Alemania pueda triunfar en este su intento y con ello devolver la paz a los pueblos significaría dar un desmentido a las previsoras palabras de Pío XII:

“Pero dejemos el pasado y volvamos los ojos hacia ese porvenir que, según las promesas de los poderosos de este mundo, una vez que cesen los sangrientos encuentros de hoy, consistirá en una nueva organización fundada en la justicia y en la prosperidad. ¿Será ese porvenir en verdad diverso, y sobre todo será mejor? Cuando termine esta guerra feroz, ¿los tratados de paz, el nuevo orden internacional estarán animados de la justicia y de la equidad hacia todos, de aquel espíritu que libra y pacifica, o serán por el contrario una lamentable repetición de errores antiguos y recientes? Fundar la esperanza de un cambio decisivo exclusivamente en el encuentro guerrero y en su desenlace final, es vano, y la experiencia nos lo demuestra. La hora de la victoria es una hora del triunfo externo para quien tiene la fortuna de conseguirla; pero es al mismo tiempo la hora de la tentación, en la que el ángel de la justicia lucha con el demonio de la violencia; el corazón del vencedor se endurece con demasiada facilidad; y la moderación y

la comprensiva prudencia le parecen debilidad; el hervor de las pasiones populares, atizado por los sacrificios y sufrimientos soportados, muchas veces nubla la vista aun a los responsables y les hace descuidar la amonestadora voz de la humanidad y de la equidad, vencida o extinguida por el inhumano: ¡ay de los vencidos! Las resoluciones y las decisiones tomadas en tales condiciones, correrían peligro de no ser sino injusticia bajo capa de justicia”.

¿Triunfa entonces Inglaterra? Triunfa sí, en el propósito de hacer quebrar el nazismo, que es como una coraza de orgullo e insolencia que tiene aprisionada a la noble nación alemana.

Si Alemania sucumbe e Inglaterra pierde el señorío del mundo ¿no se cernerá sobre el mundo un peligro aún más grave, de que Rusia, la del paneslavismo y del pancomunismo, avance sobre el corazón de Europa? Sin duda, esto es más que probable. Pero ¿entonces, no quedará entregado el mundo a la barbarie moscovita, sucumbiendo definitivamente toda posibilidad de Cristiandad?

Sin entrar a particularidades, que esto no está en la inteligencia del hombre prever, creo que la actual lucha trabada entre In-

glaterra y el Eje es el primer acto de una lucha más gigantesca y vasta, verdaderamente universal, que juntamente con las clásicas plagas del hambre y de la peste van a asolar a las naciones.

Los actos intermedios de la lucha son difíciles de prever. Pero el último va a consistir en una cruzada contra el *anticristianismo*, cualquiera fuere su nombre, que han de emprender bajo el signo de la cruz los núcleos nacionales, purificados suficientemente, en los actos anteriores de este vasto y grandioso drama.

Por esto la Iglesia, lejos de sucumbir, recién entonces comenzará *por vez primera* a actuar en el plano político de los pueblos. Los núcleos cristianos formarán conciencia de sus responsabilidades supranacionales y se unirán en la más vasta lucha de todos los tiempos.

En esta lucha, que será el triunfo del caos y de la confusión, los pueblos suficientemente purificados tendrán oportunidad de reaccionar, precisamente porque no habrán de enfrentar a ningún enemigo poderosamente organizado como hubieran sido los alemanes bajo el hitlerismo o los rusos bajo el comunismo judaico, ya que estas dos fuer-

zas habrán quedado definitivamente derrotadas: el comunismo, en el suelo español y el hitlerismo, en la actual guerra de desgaste.

En este momento inicial de la lucha, en que los hombres todavía están completamente enfangados en las preocupaciones materiales y no se mueven sino por mezquinos intereses, preguntándose quién ganará, si Inglaterra o Alemania, conviene destacar que el triunfo no ha de corresponder ni a la una, ni a la otra. Esta guerra es demasiado vasta y se ha desencadenado en un momento histórico tan dramáticamente crítico, que no puede formularse pregunta tan baladí.

Dios y sólo Dios, será el vencedor. Esta guerra se ha producido para que la Iglesia pueda triunfar en Cristiandad. Por lo tanto, lo más importante de cuanto sucede en el mundo desde 1914, no es (como creen ciertos pensadores políticos del orden nuevo), ni el advenimiento del fascismo, ni el triunfo del tercer Reich: lo más importante, aún políticamente, es la purificación de España y Francia que se está obrando a la vista y admiración de todos los pueblos.

Pero esto nos lleva al segundo capítulo de los servicios del momento actual a la Cristiandad.

Si la Cristiandad ha de surgir, ello ha de ser por una acción positiva del dinamismo divino de la misma Iglesia que ha de alcanzar a las almas, a la familia, a los grupos sociales y ha de culminar finalmente en la vida pública y política de las naciones. Esta acción, reconstructiva del orden cristiano, viene obrando desde los días amargos del pontificado de Pío IX y lleva, día a día, un ritmo ascendente, a través de los pontificados de León XIII, el Doctor de la nueva Cristiandad, de Pío X, el Pontífice Santificador de la misma y de Pío XI, su Pastor, quien con el movimiento de la *Acción Católica* ha dado cima a esta acción restauradora. Pero mientras la nación no sea cristiana, por mucho que se trabaje en el apostolado católico, no se habrá logrado nada en la tarea de forjar la Cristiandad. Es decir, que la Cristiandad sólo comienza cuando la vida cristiana es tal que pasando de la acción individual y de la acción social alcanza a influir en la vida política de la nación, o sea en la marcha de la nación como tal.

Es necesario entonces que las mismas naciones se cristianicen. Cuando esto haya co-

menzado, la Cristiandad también estará comenzando a formarse. Y felizmente creemos que esto ha comenzado. Y ha comenzado por donde debía comenzar. Para demostrarlo expondremos una tesis que puede parecer peregrina pero que es sin duda de extraordinaria luminosidad histórica. Se refiere ella al núcleo esencial de la Cristiandad o sea a aquellas naciones que si son cristianas en su vida misma de nación y se someten al imperio de Cristo, la Cristiandad estará inicialmente forjada y sólo será cuestión de breve tiempo para que se dilate de un confín al otro de la tierra; pero mientras, una u otra, no quieran someterse o rivalicen entre sí neciamente, en disputas de supremacías, la Cristiandad es imposible. Nos referimos a España y Francia.

De la hipótesis que aquí expongo se desprende claramente que el genio de Francia y el de España no se oponen sino que se complementan, como en el orden natural lo femenino no se opone a lo masculino sino que lo completa y como en la teología católica no hay oposición entre las diversas virtudes sino al contrario común destino. Y así como tres son las virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, sin las

cuales no es posible concebir el cristianismo y con sólo las cuales el cristianismo es una hermosa realidad y así como con Pedro, Santiago y Juan, símbolos de estas tres virtudes, se formó alrededor de Cristo el núcleo esencial del apostolado cristiano; del mismo modo, con Roma, España y Francia, queda en substancia constituída la Cristiandad.

En la misión de los tres apóstoles nombrados, cuyo genio y destino han heredado Roma, España y Francia podemos ver una imagen de la verdad que sostenemos. Sólo a estos tres apóstoles distinguió el divino Salvador con sobrenombres especiales, llamando a Simón con el nombre de Pedro y a Santiago y Juan, con el de Boanerges, *hijos del trueno*; sólo a ellos hizo partícipes de su gloria en el Tabor y de su agonía en el huerto; sólo entre ellos repartió el destino de su reino en la evangelización del mundo, porque si a Pedro le concedió el centro de su reino, cuando le dijo: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, a Santiago parece haberle concedido la derecha, por ser el *segundo* de los apóstoles y a Juan la izquierda, cuando la madre de ellos, María Salomé, acercándose al Salvador le pidió que sus dos hijos se sentasen junto a Él, en su rei-

no, el uno a la derecha, el otro a la izquierda.

Roma, España y Francia han heredado el genio de cada uno de estos tres apóstoles en la misión que les toca desempeñar a través de los siglos cristianos. Roma es la Fe porque es la sede del apóstol por quien rogó Cristo para que su fe no desfalleciese (Lucas XXII, 32), y así en el curso de las edades Roma es la Cátedra de Infalibilidad y la cabeza de gobierno, contra la cual nada pueden las puertas del infierno.

España es la Esperanza o Fortaleza porque conquistada a Jesucristo por Santiago, heredó el ímpetu y ardor de éste, a quien santo Tomás (in Mat. XVII, 1) llama el principal luchador contra los enemigos de Dios. *Procipuus debellator adversariorum Dei*. España al igual que Santiago es hijo del trueno de la Santa Iglesia, la segunda después de Roma en el reino de la Cristiandad y el brazo derecho de la misma en las luchas contra todos sus enemigos, llámense mahometanos, protestantes, liberalismo o comunismo.

Francia es la heredera del apóstol de la Caridad, y en este sentido, como nada hay en la Iglesia más grande que la caridad, ni hubo entre los apóstoles ninguno más pre-

dilecto que Juan, así en el orden de la Cristiandad, nada más grande, por la compenetración de la vida cristiana, que Francia cuando se entrega a Jesucristo y ninguna nación tampoco más predilecta de la Iglesia que la *nobilísima nación de los franceses* (León XIII).

Y así como en la caridad culmina el proceso de la vida cristiana que se inicia con la fe, en Francia ha culminado históricamente la Cristiandad. Porque ha de quedar siempre como la cima de la historia cristiana aquella noche simbólica de la navidad del año 800, en que el gran Papa León III puso, por vez primera, sobre la frente de un monarca la corona imperial. Era el reconocimiento público y solemne de la supremacía de la Realeza de Cristo sobre todos los poderes de la tierra. Y este monarca era Carlomagno, quien encabeza sus famosas capitulares con la inscripción oficial: *Carlos, por la gracia de Dios, soberano del reino de los Francos, defensor y auxilio de la Santa Iglesia en todas sus necesidades*. En Francia culminaba entonces la Cristiandad, como siglos después con la monarquía perfecta de Luis, el Santo, había de culminar el tipo perfecto de régimen temporal cristiano. En Francia llegan

a la plenitud las realizaciones del cristianismo porque la caridad de la cual es símbolo, es verdaderamente su plenitud.

ESPAÑA Y FRANCIA

A España y Francia les cabe una vocación especialísima en el concierto de las naciones cristianas. No sólo por lo que llevamos dicho sino también porque son ellas dos las únicas que aún como unidades políticas fueron forjadas por la Iglesia.

De España es un hecho reconocido que el cristianismo llevado por la voz impetuosa de Santiago y de Pablo, propagado por el fuego de los siete varones apostólicos, Torcuato, Cecilio, Eufrasio, Indalecio, Tesifonte, Hesiquio y Segundo, fecundado por la sangre de los mártires, tan magníficamente cantados por Prudencio, impregnó primero el suelo español, forjó después un pueblo uno y constituyó finalmente la unidad del estado español, cuando Recaredo (y su pueblo), el 8 de mayo del año 589, en la ciudad de Toledo, abjuró la herejía arriana y entró en el seno de la Iglesia, en presencia del gran san Leandro.

Francia, que recibió la predicación evangélica por la misión de san Potino, que envió san Policarpo, discípulo del apóstol san Juan, también fué plasmada en su unidad de vida por obispos de la talla de san Martín de Tours, san Germán de París, san Cesáreo de Arlés, san Remigio de Reims, san Niceto de Treves, san Gregorio de Tours, san Avito de Vienne y fué forjada en su unidad de reino por la Iglesia, cuando el 25 de diciembre del 496, en la ciudad de Reims, triunfalmente empavesada, el santo obispo Remigio hizo descender sobre Clodoveo y su pueblo el agua bautismal.

Francia, la primera, de resultas de su victoria sobre los alemanes, obtenida por la fe de santa Clotilde, nació indestructible en la unidad católica de nación. La Iglesia celebraba uno de sus mayores triunfos porque la Cristiandad hacía su entrada en la historia.

Desde ese mismo día, como lo previó san Avito, el gran obispo católico en medio de los borgoñones arrianos, en la profética carta que escribió a Clodoveo, felicitándolo, Francia tenía marcado su destino glorioso al servicio de la Iglesia en la causa de la Cristiandad. "La Providencia divina —dice—

ha descubierto al árbitro de nuestro tiempo. ...Vuestra fe es nuestra victoria. ...Vuestros abuelos os han preparado grandes destinos y vos habéis querido prepararlos más grandes aún a los que vendrán después de vos... El Occidente, gracias a vos, brilla con brillo propio y ve a uno de sus soberanos resplandecer de luz nueva. Es muy oportuno que esta luz haya comenzado en la natividad de nuestro Redentor, porque así las aguas regeneradoras os han hecho nacer el mismo día en que el mundo ha visto nacer al Señor del cielo que venía a rescatarle... Debo formular un voto. Ya que Dios, gracias a vos, va a hacer de vuestro pueblo el suyo propio, ofreced una parte del tesoro de fe que llena vuestro corazón a los pueblos situados en regiones más apartadas que las vuestras y que, viviendo en su ignorancia natural, todavía no han sido corrompidos por doctrinas perversas: no temáis enviarles embajadores que aboguen ante ellos por la causa de Dios que tanto ha hecho por la vuestra" (San Avito, Epístola 46).

Francia tenía indicada su tarea propia, si no quería desviarse de su gloriosa trayectoria, de extender por la tierra el reino de la Iglesia.

Y la Cristiandad que con el bautismo del rey de los francos se iniciaba en la historia iba a sellar su plena realización cuando otro rey de los francos, el gran Carlomagno, era coronado como emperador romano por el Papa León III.

La Iglesia, en documentos públicos, ha expresado su testimonio de singular reconocimiento a los grandes servicios prestados por Francia a la Cristiandad. Y así León XIII, en *Nobilissima Gallorum gens* del 8 de febrero de 1884, se expresa de esta suerte:

La nobilísima nación de los franceses por las hazañas cumplidas en la paz y en la guerra se ha hecho acreedora ante la Iglesia de méritos y títulos de un reconocimiento inmortal y de una gloria que no se extinguirá. Abrazando en buena hora el cristianismo bajo la conducción de su rey Clodoveo tuvo el honor de ser llamada Hija primogénita de la Iglesia, testimonio y recompensa al mismo tiempo de su fe y de su piedad. Desde aquel tiempo, vuestros mayores, venerables hermanos, han sido como los colaboradores de la divina Providencia en grandes y saludables empresas. Pero sobre todo han señalado su virtud defendiendo por todas partes el nombre católico, propagando la fe católica entre

las naciones bárbaras, librando y protegiendo los santos lugares de Palestina, de modo que muy justamente se ha hecho proverbial aquel dicho de los tiempos viejos: GESTA DEI PER FRANCOs.

Más reciente testimonio es el magnífico discurso del entonces Eminentísimo Cardenal Pacelli, hoy S. S. Pío XII, en *Notre Dame de Paris*, que más que una evocación parece un prenuncio de la misión levantadísima que todavía le está reservada a Francia en un porvenir próximo: "Porque aquí — decía el Cardenal — es el alma misma de Francia, el alma de la hija primogénita de la Iglesia la que habla a sus almas. Alma de la Francia de hoy que viene a decir sus aspiraciones, sus angustias y su oración; alma de la Francia de otro tiempo, que remontando de las profundidades de un pasado catorce veces secular, que evocando las *Gesta Dei per Francos*, entre las pruebas lo mismo que entre los triunfos, suena en las horas críticas como un canto de noble fiereza y de imperturbable esperanza. Voz de Clodoveo y de Clotilde, voz de Carlomagno, voz de san Luis sobre todo en esta isla en la que parece vivir todavía, y que ha adornado en la Santa Capilla, con la más gloriosa y santa de las

coronas; voz también de los grandes Doctores de la Universidad de París, de los maestros en la fe y en la santidad... Sus recuerdos, sus nombres inscriptos en vuestras calles, al mismo tiempo que proclaman la valentía y la virtud de vuestros antepasados, jalonan como ruta triunfal la historia de una Francia que marcha y que avanza a pesar de todo, de una Francia que no muere. En su fidelidad para con su vocación, a despecho de todas las dificultades, de todas las pruebas, de todos los sacrificios está ligada a la suerte de Francia su grandeza temporal lo mismo que su progreso religioso”.

LOS PECADOS DE FRANCIA

Pero tanto España como Francia, y mucho más ésta, han pecado grandemente contra la Cristiandad haciéndose indignas de la altísima vocación a que Dios las destinó y cayendo en vergonzosa postración.

Lo que fué dicho a Israel a la entrada de la tierra prometida, ha sido repetido a los pueblos escogidos de la ley nueva: “El Señor te establecerá a la cabeza y no a la cola de las naciones”: *Constituet te Dominus in*

caput, et non in caudam; “Tu sitio será siempre arriba y nunca abajo”: *Et eris semper supra et non subter*, “con la condición de que escuches los mandamientos del Señor tu Dios, los guardes y los cumplas”, *Si tamen audieris mandata Domini Dei tui, et custodieris et feceris*.

Y de hecho a través de las alternativas felices o desgraciadas, según que prevalecían los pecados del pueblo o la misericordia de Dios, el segundo Judá, el reino cristianísimo de Francia, ha adquirido prontamente y ha conservado durante largos siglos el primer rango en el mundo: siempre adelante y nunca a remolque de otros pueblos, siempre arriba y nunca debajo: *in caput, et non in caudam; semper supra et non subter*.

Pero desde hace un par de siglos tanto España como Francia se hallan profundamente caídas. *Et facti sumus subter et non supra*. Y la razón de esta vuelta de la fortuna es que han faltado al Señor su Dios, no escuchando su voz; han abandonado los intereses de los que fueron constituídos guardianes y protectores; de misioneros de la verdad se han hecho propagandistas de la mentira y han dejado extinguirse, o al menos obscurecerse, la llama que debían hacer

brillar a lo lejos: he aquí por qué han perdido su rango, he aquí por qué durante siglos están abajo y no en lo alto de la escala política. *Et facti sumus subter, et non supra: quia peccavimus Domino Deo nostro, non abaudiendo voci ipsius*¹.

Largo sería referir los pecados de Francia. Baste enumerar los más graves. Peca Francia contra la Cristiandad con Felipe el Hermoso, en vísperas del Renacimiento; peca con Francisco I, durante la Reforma, y se alía con los Turcos en contra de Carlos V, emperador cristiano; peca con la política "nacionalista" de Richelieu, quien hiere de muerte a la Cristiandad, asestándole un golpe en momento crítico, al combatir la causa de los Ausburgos de España y de Austria, que entonces la representaban; peca con los impíos factores de la Revolución Francesa que entronizaron los Derechos del Hombre pisoteando los de Dios; peca con el sacrílego Bonaparte, que atropella la ciudad del Vicario de Cristo; peca con el fanfarrón de Napoleón III, quien entrega

1. Éstos son conceptos transcriptos, casi al pie de la letra, de la obra, ya citada, del famoso cardenal Pie, *Instruction pastorale sur les malheurs actuels de la France*, Carême, 1871.

Roma y los Estados Pontificios a la piratería italiana, recibiendo en paga Niza y Saboya; peca, finalmente, con los impíos políticos de la Tercera República, quienes colman la medida de sus innumerables crímenes, prohiendo la causa de los comunistas que quieren aniquilar a España.

Pero estos pecados al provocar la decadencia de Francia y de la Cristiandad son causa del engrandecimiento de las naciones anticristianas. Y así Inglaterra, la herética y mercantil, está a la cabeza del mundo desde hace más de un siglo. Y hoy son Prusia, Rusia e Italia, las que disputan a Inglaterra la supremacía del mundo. España y Francia van a remolque de uno u otro bando.

Inmensamente doloroso y vergonzoso para Francia, el reino cristianísimo, ha de ser que el poderío de las naciones anticristianas haya sido alcanzado a expensas de la Cristiandad que debió tutelar y extender.

No nos detendremos a examinar las causas que han determinado la grandeza carnal de Inglaterra y la culpa que de ello le cabe a Francia y España. Pero es lógico pensar que si Francia, en lugar de perturbar con sus apetitos y con sus ideologías la vida del

continente europeo, se hubiese ocupado de llevar, juntamente con España, el evangelio de Cristo a las naciones sentadas en la sombra de la muerte, no habría alcanzado Inglaterra sus inmensos dominios, conquistados con la astucia de una piratería desenfrenada.

PRUSIA

Cuando nos referimos a Prusia, nos referimos a un foco geográfico de perturbación de la Cristiandad. “¿Y qué es la Prusia? Es el trunco encuentro por una parte de la imperfecta evangelización bizantina de la Eslavonia oriental, justamente en las llanuras bañadas por el Oder y el Vístula, con el ímpetu occidental de la tradición viva que brotaba de Roma. Prusia es, entonces, un *hiatus*. En esta zona casi descuidada, que no alcanzó a civilizar el oriente bizantino, ni el occidente romano, germinó un áspero campo de espinas. Y propio de las espinas es multiplicarse. Pero Prusia, este campo de malas hierbas, no pudo extenderse sino cuando el occidente se debilitó por un cisma; tuvo que esperar que la batalla de la Reforma

terminase. Y cuando ésta terminó y se presentó el momento oportuno, creció prodigiosamente” (Hilaire Belloc, *L'anima cattolica de l'Europa*).

Prusia, mal cristianizada, tomó incremento con la Reforma y llegó a constituirse en reino en 1701. Fué ésta la primera afrenta al Derecho público cristiano, como lo declaró el Papa Clemente XI en el consistorio secreto de aquel mismo año.

“Ha llegado a nuestro conocimiento, dijo en esa ocasión, y más bien es noticia conocida que ha alcanzado difusión por todo el mundo, que Federico, Marqués de Brandeburgo, acaba de hacerse discernir públicamente la dignidad e insignias de Rey de Prusia, en forma profana, desconocida hasta aquí en las costumbres de los cristianos, despreciando toda autoridad de la Iglesia de Dios y no sin grave violación del antiguo derecho que en aquella provincia corresponde a la orden sagrada y militar de los Caballeros Teutónicos; por donde se ha colocado incautamente en la categoría de aquellos a quienes reprende la divina palabra: ELLOS REINARON, MAS NO POR MÍ: FUERON PRÍNCIPES, Y YO NO LOS RECONOCÍ ([Oseas VIII, 4] Bullarium Romanum,

Allocutio Clementis XI, 18 aprilis 1701).

Hace observar enseguida el Santo Padre, *cuán injurioso es a la Silla Apostólica este hecho, cuán contrario a los Sagrados Cánones, en virtud de los cuales más bien el príncipe herético debe ser destituido de sus antiguas dignidades que ser honrado con nuevas.*

Añade después que para satisfacer el deber de su cargo, ha denunciado a todos los príncipes católicos, este atentado religioso, previniéndoles de no ratificar de ningún modo el título usurpado por dicho Marqués y de no permitir que la venerable y sagrada dignidad de los reyes, que debe ser mirada como un beneficio singular de Dios y que debe servir para sostén y ornamento de la verdadera religión, venga a desviarse y a colocarse para su detrimento sobre la cabeza de un príncipe no católico.

La historia ha revelado la gran perspicacia de Clemente XI, porque desde entonces hasta hoy Prusia ha hecho sentir cada vez con más fuerza su influencia en Alemania y en Europa con grave detrimento de la Cristiandad. Digamos más: constituyendo así la tragedia de la Cristiandad.

Porque si en la Cristiandad Roma es el

alma, si España es como brazo fuerte que detiene a los enemigos y difunde por el lejano occidente los beneficios de la fe, si Francia es el logos, la palabra llena de amor, Alemania es la voluntad, la acción, el brazo secular, la espada al servicio de la Santa Iglesia. Alemania ocupó una misión levantada en la Cristiandad que supo llenar con la gloria de Otón el grande y de san Enrique. Verdad es que el orgullo carnal de un Federico Barbarroja y de un Enrique IV quebrantaron grandemente la seguridad de un imperio ya quebradizo, que no supo comprender nunca la distinción de los dos poderes con la primacía de lo espiritual; pero el pueblo alemán con una abundancia casi inagotable de grandes personalidades trabajaba en todos los sectores de la actividad humana con un admirable amor a la Cristiandad en cuya cúspide se encontraba. "Como alemanes bajo el emperador y el Imperio, se sentían distintos de las demás naciones; pero bajo el señorío y protección de la Iglesia universal, la conciencia de esta diversidad, no producía una hostilidad nacionalista y mucho menos una enemistad hereditaria, sino simplemente, una viva emulación espiritual con los demás pue-

blos... La cultura no separaba a los pueblos, antes bien los unía y enlazaba. Todos los pueblos cristianos tenían un solo enemigo común, el Turco, "el enemigo hereditario del nombre cristiano". El combate en común contra él, bajo la dirección del supremo Jerarca de la Iglesia lo consideraban todos los varones de aquella época como una de las más altas incumbencias de la Cristiandad" (Juan Janssen, *La Cultura alemana antes de la Reforma*).

Pero Alemania no alcanzó entonces la unidad de nación ni fué igualmente vivificada por la Iglesia en todas sus partes. De aquí que sea lícito distinguir dos Alemanias: la romanizada y cristianizada que formaba parte de la Cristiandad y la otra apenas o nada romanizada ni cristianizada, pero que estaba en camino de serlo. En esta segunda se encontraban los sajones, que por orden de Carlomagno fueron obligados a bautizarse por la fuerza y las regiones de Prusia que fueron sometidas por los caballeros de la Orden Teutónica. Dos Alemanias, que por vía de simplificación podemos designar por sus más visibles focos de atracción: Prusia y Austria.

La tragedia de Alemania y de la Cristiandad va a consistir precisamente en que un factor de desintegración entra en ella cuando no había conseguido forjar su unidad. La Reforma divide y separa las dos Alemanias latentes y con ello divide y separa la Cristiandad. Y lo más grave aún es que la Reforma debilita poderosamente la parte cristiana con un paralelo engrandecimiento de la no cristiana.

Prusia se robustece a expensas de Austria y conquista y dobliga toda la Alemania. Federico Guillermo, Federico el grande, Bismarck, son otros tantos jalones de un estado que se consolida alrededor de una dinastía con una voluntad poderosa de unificar a todos los pueblos germanos para que Alemania cumpla el gran destino a que está llamada en el concierto universal de los pueblos. Este destino que trabajaba la subconciencia de todo alemán ha sido expresado por Fichte, el gran filósofo kantiano, en sus famosísimos *Discursos a la Nación alemana*.

"Todos los siglos, proclamaba Fichte, todos los prudentes y nobles corazones que pasaron por la tierra, en todos sus pensamientos y en todas sus aspiraciones levan-

tan sus manos suplicantes a Alemania; la propia providencia y el plan divino del universo conjuran a Alemania para que salve su honor y su existencia... En vosotros, oh alemanes, está el germen de la perfección humana y la esperanza de todo progreso. Si faltáis a vuestra vocación, si perecéis, morirá con vosotros y para todo el género humano hasta la sombra de esperanza de salvarse del abismo de su corrupción... Por consiguiente, no hay lugar a dudas: si perecéis, toda la humanidad perecerá sin esperanzas de levantarse nunca” (Discurso 14).

Estos delirios, por vez primera tan audazmente expresados, no abandonarán ya los cerebros de casi media Alemania, con Prusia a la cabeza. Y Alemania delirante iniciará entonces su unificación política y cultural bajo la hegemonía del espíritu y del régimen prusiano. Bismarck, el canciller de hierro, trabajará en el sentido de estos planes hasta vencer a Austria en Sadowa, a Francia en Sedán y ser vencido por Roma en el fracasado Kulturkampf. Todo lo no germánico debía ser aniquilado. Austria por representar la Alemania bajo la influencia cristiana, Francia como encarna-

ción de la cultura extranjera y los católicos por su dependencia de Roma”.

Prusia entonces era definitivamente la conductora de la Gran Alemania. Y Europa, cuyo foco espiritual había sido Roma, sentía ya que aquel Federico, Marqués de Brandeburgo, iba a tomar las riendas del mundo.

¿Quién tenía la culpa de ello? Francia, la nación cristianísima, creadora con Carlomagno del Sacro Imperio Romano, la llamada a las hazañas para la grandeza de la Cristiandad, que desde hacía varios siglos, olvidada de su destino, venía trabajando en “pequeña política nacionalista”, de la que Richelieu fué gran maestro, como lo ha demostrado admirablemente Hilaire Belloc. Y esta culpa de Francia no podía quedar impune. Los hechos más recientes han venido a comprobar la exactitud de lo que yo escribía en *Criterio* el 8 de marzo de 1938:

“Pero en su propio pecado tiene y ha de tener sobre todo Francia su propio castigo. El pecado que cometió Felipe el Hermoso contra el Gran Bonifacio VIII; el pecado que cometió Richelieu al valerse del protestantismo naciente para aniquilar el poderío de la Cristiandad, representada por

los Ausburgos, ha producido ahora el descomunal poderío del nacionalismo germánico; digamos mejor, del nacionalismo prusiano. Prusia es el único reino que ha nacido a la vida incubado por la rebelión luterana. Francia le dejó nacer y contribuyó a su acrecentamiento por su política contra los austríacos. Ahora Francia tendrá que expiar su pecado, sufriendo la vergüenza de verse hollada bajo la bota prusiana. Este es el curso, que parecen llevar los acontecimientos más recientes. Todo dice que, desgraciadamente para la tranquilidad del mundo, Prusia va a alcanzar el objetivo, buscado desde los tiempos de Fichte, de formar, bajo su hegemonía, un bloque compacto de todos los pueblos germánicos. Y Alemania se va a constituir en el Nabucodonosor de Europa. Alemania es un conjunto de pueblos fuertes, de gran condición, de voluntad. La gracia cristiana los transformó, produciendo el espectáculo maravilloso de la Alemania católica. Pero Alemania era regida por Austria. Porque no es la pura fuerza la que ha de regir sino la inteligencia dulcificada por el amor. Austria, que está cerca de Roma y a las puertas del Asia, se abrió a la vida cristiana desde la

primera hora del cristianismo; en cambio, Prusia, dura cerviz, hubo de ser sometida fieramente a la fe cristiana por el poderío de Carlomagno. Hubo paz en Alemania y hubo paz en el mundo mientras la cabeza regía y los pies obedecían. Pero cuando la pura fuerza de los pies, validos precisamente de su fuerza, ha querido regir a Alemania y al mundo, no es posible sino el fiero despotismo y atropello. Entonces la fuerza es ley y derecho. Esta es la tragedia terrible que plantea al corazón de Europa el poderío prusiano. La vida cristiana se hace imposible.

Francia tiene la culpa de ello. Infidel a su vocación de reino cristiano, que debe subordinar pretendidas ventajas de grandeza carnal a la causa más grande de los intereses de Cristo, no ha parado hasta destruir el poderío cristiano de Austria y de España; y por esto ahora ha de soportar los insolentes atropellos del poderío prusiano”.

Pero se dirá ¿si el hitlerismo no es prusiano? ¿Si el gran intento de los Hohenzollern de purificar a Alemania ha fracasado en la guerra europea? Si “en realidad el nacional-socialismo es un fenómeno alemán, germánico, mucho más que un fenómeno espe-

cíficamente prusiano. Ha surgido de mucho más abajo. Tiene un carácter popular, proletario, que es todo lo contrario del espíritu prusiano, espíritu jerárquico, y monárquico, de clase y de casta” (Gonzague de Reynold, *¿De dónde viene Alemania?*).

Pero precisamente el valor del hitlerismo y su gravedad estriba en la medida en que prescindiendo de moldes prusianos ha realizado el gran sueño prusiano. Porque si ha arraigado en todas las provincias alemanas, y en todas las capas sociales, aun las populares, con un método de organización y una tenacidad prusiana y con un programa en lo esencial también prusiano, es a saber, la conquista de la unidad monística alemana para la conquista y dominación del mundo, lo ha conseguido en la medida en que ha sabido prescindir del espíritu de casta de la dinastía prusiana. El hitlerismo ha comprendido y por ello ha triunfado, que la causa alemana debía prevalecer sobre los intereses de los Hohenzollern y que sólo podría triunfar el gran Reich cuando aquéllos, como semilla que sólo es fecunda cuando muere, desaparecieran. Porque así como el fracaso de los Hohenzollern obedecía a que subordinaban a su causa la causa de Alemania, así el éxito

del hitlerismo se debió a que en beneficio de ésta fué aquélla sacrificada.

Por esto en el hitlerismo lo prusiano ha alcanzado categoría alemana.

Mirando los acontecimientos históricos con visión profunda que llegue hasta su raíz, visión suprapolítica que sólo un modo teológico puede proporcionar, el hitlerismo representa en Alemania, y por lo mismo en Europa y en el mundo, el último y definitivo esfuerzo de Satanás por afirmarse en los pueblos paganos antes de ser definitivamente desalojado. En *Los tres pueblos bíblicos* hemos indicado los principios de esta tesis que ahora puede ser comprendida mejor.

Prusia, el único rincón de Europa que no ha sido evangelizado y que por lo tanto no ha podido apostatar de la fe cristiana, — único refugio pagano a través de veinte siglos cristianos —, logra con el hitlerismo la dominación de Alemania y de Europa, y amenaza con la dominación mundial. Es el esfuerzo del diablo contra la predicación universal del Evangelio que está a punto de verificarse, según aquella palabra de Cristo: *Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas*

las gentes: y entonces vendrá el fin (Mateo XXIV, 14). No es un esfuerzo cualquiera sino el último y supremo, el de la desesperación.

Después, los pueblos, convertidos al cristianismo, podrán *apostatar*, pero no serán ya *paganos*, porque sólo pueden serlo mientras no hayan conocido a Cristo. El hitlerismo es, por paradoja, la antesala del cristianismo, pues lo precede inmediatamente. En este sentido, Hitler, que no es el Anticristo, debe ser mirado como uno de sus más conspicuos precursores, en su carácter de más grande jefe del *paganismo* que es el segundo enemigo de Cristo. El primero lo es el judaísmo, cuya universal dominación significará el reinado del verdadero Anticristo.

Cuando la Iglesia, en documentos públicos, llama al hitlerismo *neopaganismo*, quiere expresar algo muy singular que especifica las características de esa fuerza y le da un sello definitivo y propio que la diferencia de cualquier otra, incluso del liberalismo y del comunismo. Éstos deben mirarse como judaicos y no como paganos. Cuando el hitlerismo sea vencido por el cristianismo (y ello ha de acaecer con la *conversión de Prusia*), el paganismo habrá desaparecido

definitivamente de Europa y del mundo, y no habrá luego sino pueblos cristianos y pueblos judaicos. Cuando los primeros dominen triunfará la Cristiandad; cuando los segundos gobiernen habrá llegado el Anticristo.

El hitlerismo tiene en su misma malicia y perversidad los caracteres de su contribución al cristianismo: es lo más grande de cuanto se opone a Cristo, sin ser judaico.

Con el hitlerismo asimismo Alemania parece a punto de alcanzar su suprema aspiración de regir y gobernar el orbe. ¿Quién se le opone en su camino? El poderío mercantil de otra nación anticristiana, Inglaterra, que ha forjado su grandeza económica, sigilosamente, a espaldas de las naciones cristianas que, en luchas estériles, se deshacían en el continente.

Inglaterra romanizada y evangelizada fué, en otro tiempo, ejemplo de virtudes cristianas; y sus misioneros como san Severino, san Columbano y san Galo y sobre todo san Bonifacio, llevaron a Alemania la buena nueva de Cristo. Y cuando la rebelión de Lutero, fué su rey Enrique VIII quien, saliendo a la palestra, defendió los derechos de la Iglesia Romana, lo que le

mereció el título de *Defensor Fidei* que aún ostentan en su escudo los soberanos británicos.

La misión de Inglaterra en la historia debió ser la evangelización y defensa de la Cristiandad, sobre todo frente a los desvaríos germánicos. De aquí que pueda interpretarse como un juego de Dios, que se burla de las necedades de los hombres, el que Inglaterra, puesta ahora en trance supremo por la rivalidad de su pupilo cristiano, después de haber estado entregada durante años a una insaciable piratería, se sienta baluarte de la civilización cristiana amenazada por el hitlerismo.

En el juego divino del gobierno de las naciones, pudiera ser que lo fuera. Porque así como el hitlerismo trabaja para la Cristiandad cuando derriba todo un mundo anticristiano, burgués, liberal, mercantil y capitalista, cuyo eje es Inglaterra; así también Inglaterra puede trabajar a pesar suyo, para el mismo fin, cuando constituye, en la lucha contra el temible poderío germánico — forjado a espaldas de la Cristiandad —, el obstáculo contra el cual éste se deshace.

Porque Dios está dando su respuesta a las naciones que se han embravecido contra Cristo y su Iglesia.

LA PURIFICACIÓN DE ESPAÑA Y FRANCIA

Sea ello como fuere, lo que consuela grandemente los corazones cristianos es el espectáculo de que en el momento culminante del poderío de las naciones anticristianas y cuando ellas se encuentran trabadas en lucha totalitaria, las naciones cristianas, pecadoras, son sometidas a purificación por los pueblos que ellos, en sus extravíos, levantaron. Y así se cumple aquel modo maravilloso con que obra la providencia en el gobierno de los pecadores, según el libro de la *Sabiduría* (XI, 17) *que las cosas en que uno peca, por las mismas es también atormentado.*

España ha comenzado su doloroso camino de purificación con la espantosa guerra civil, que, como he indicado en diversas oportunidades, señala el primer paso en el camino de la Restauración de la Cristiandad. España, bajo el Caudillo, comienza a ser cristiana. No significa esto, como algu-

nos ingenios han imaginado, que España pueda ya considerarse nación y Estado cristiano: significa tan sólo que, la primera, ha dado el primer paso en el plano ascendente de la Restauración de la Cristiandad.

Y ahora es Francia la que entra en este plano. Hollada por la terrible bota alemana, ha sabido aceptar resignada esta prueba amorosa de la Providencia, y bajo el glorioso gobierno de un anciano, ha echado lejos de sí los principios venenosos que después de corroer su gloria, estaban carcomiendo su substancia. Francia aprende a dar valor a las grandes realidades de una civilización cristiana: *patria, trabajo y familia*.

Es evidente que no nos podemos forjar la ilusión de que Francia ha sufrido ya bastante. El dolor recién comienza y ha de ir creciendo en intensidad, con otras muchas más grandes tribulaciones, que devolverán a la hija predilecta de la Iglesia el sentido, hace siglos perdido, de su sublime vocación de nación cristianísima.

La purificación profunda debe de tal suerte entrar en el pueblo francés que cada familia, y el pueblo mismo, adquieran la convicción de que la vida del hombre y de

los pueblos sobre la tierra, no es ni para disfrutar, ni para lucrar, ni para dominar, sino para servir a Aquel que nos ha creado.

“La nación francesa, que es, por excelencia, la nación de Cristo no será impune, mientras marche, en cuanto nación, por las vías de la infidelidad y de la apostasía y mientras no deje de inmolar los sagrados derechos de Dios a los pretendidos derechos del hombre. Ningún régimen de los que le plazca darse, podrá durar. El más leve soplo los derribará uno después de otro; su expulsión será cuestión de un instante. Así han caído todos los poderes que hemos visto sucederse en las mismas condiciones, un simple choque los ha tirado por tierra, porque no tenían ellos poder para permanecer de pie: *Ibi ceciderunt qui operantur iniquitatem: expulsi sunt, nec potuerunt stare* ([Ps. XXXV, 13] Cardenal Pie, obra citada).

Después de la purificación de España y Francia, ha de acaecer también la purificación y conversión de Prusia. Y ello constituirá uno de los hechos más grandes y singulares de la historia: porque revelará la voluntad del Altísimo de someter al suave y amoroso dominio de la Iglesia el único

pueblo de Europa no sometido aún a Jesucristo. San Juan Bosco resume así un sueño profético que tuvo sobre el triunfo de la Iglesia: *Vendrá una revolución. Habrá apostasías en los doctos y en los ignorantes. La Prusia se convertirá. Gran victoria de la Iglesia. Gran triunfo del Papa.* (Memorias Biográficas del venerable don Bosco, tomo IX, pág. 828).

Después de estos tres grandes pueblos, una a una, irán entrando las naciones en la Cristiandad. El dolor purificará los hombres y los pueblos, destruyendo en ellos todo lo que no es salvable y haciendo brillar todos los valores cristianizables.

En el dolor de la peste descubrirá el hombre el valor de la propia substancia, subordinando los egoísmos individuales al bien sagrado de los hijos, que no deben ser educados por terceros aunque sea el Estado, sino por sus progenitores; en el dolor del hambre, sufrido por una sociedad que confió la providencia de la vida a una organización mercantilista, le descubrirá el valor del trabajo y del trabajo de la tierra, que es madre de todos los bienes; y en el dolor de la guerra, que destruye todos los lazos humanos, le descubrirá el gran valor de la

propia patria, en cuyas aras deben sacrificarse todos los otros intereses secundarios. Y como no hay familia, ni trabajo, ni patria donde no está Dios, el hombre descubrirá con todas las fuerzas de su ser a Dios que se ha hecho hombre.

Así se reconstituirán las naciones en sus fronteras propias y con sus propios destinos.

Pero para que haya paz será menester algo más, esto es, el reconocimiento de un bien supranacional, aún en el orden temporal. Porque así como las familias y grupos particulares han de subordinar todos sus intereses al bien más alto de la nación, así éstas, una vez constituidas en su unidad, deben subordinarse al bien espiritual de la Iglesia de Cristo y aún al bien temporal supranacional. Pero ello no es posible si no surge un "Nuevo Carlomagno" que coronando el orden de las naciones promueva el bienestar universal temporal y ponga su espada al servicio del Jerarca de Cristo.

EL IMPERIO CRISTIANO UNIVERSAL

Si observamos el proceso de *nacionalización* alcanzado por los pueblos, éste recién ahora ha alcanzado su madurez. Éste es un síntoma promisorio. Porque aun cuando haya tenido lugar a expensas de la vieja cristiandad, o contrariando positivamente los derechos de la Iglesia como en el caso de Rusia, Alemania e Italia, de suyo no es malo, sino al contrario, porque es la explicitación de las virtualidades anidadas en el hombre, y por lo mismo cristianizable.

Las naciones principales del orbe hoy pueden fácilmente ser delineadas en sus fronteras y en su destino: están maduras. Pero si no quieren perecer en luchas estériles de hegemonía, deben subordinarse a un principio recto, más general, que promueva el bien supranacional de determinados pueblos que por su lengua, costumbres, cultura, tienen como un común destino. Sería este el caso de España con las naciones por ella educadas y también el de Inglaterra, Portugal, Francia y otros pueblos. En este sentido, y sólo en él, es lícito hablar de un imperio español, inglés, portugués o francés. Son órbitas de pueblos, ple-

namente autónomos en lo político, que giran movidos por un común destino.

Pero, por encima de estos pueblos o de estas órbitas de pueblos, ha de existir una más extendida y universal, cuyos límites se confundan con el orbe.

Y en este orbe, además del Poder Supremo Espiritual de Pedro que es como el sol, y que en razón de lo espiritual subordina y atrae a los sagrados Derechos de Dios y de las almas todos los otros terrenos intereses, ha de haber otro centro universal de atracción, como la luna, que, en razón de lo *temporal*, atraiga a sí estos mismos terrenos intereses. Es necesario, junto al Papa, el emperador del universo.

Hoy, cuando los pueblos alcanzan la madurez de nación y cuando están a punto de lograr la viviente convicción de que sólo en Jesucristo han de encontrar la paz, pueden dar lugar a aquella profética exclamación de san Leandro, obispo de Sevilla, quien en 589, había dicho en el Concilio III de Toledo: ¡Regocíjate, Santa Iglesia de Dios, sabiendo cuán dulce es la caridad y cuán agradable la unidad, tú no predicas sino la alianza de las naciones, no suspiras sino por la unidad de los pueblos!...

El orgullo ha dividido las razas con la diversidad de las lenguas; es menester que la caridad las vuelva a unir. Procedentes de un mismo hombre, unidos por el origen, el orden natural pide que todas las naciones vivan unidas por la fe y la caridad: Uno es el poseedor del universo, y las cosas poseídas deben también congregarse en la unidad”.

Y hoy, el Vicario de Cristo, felizmente reinante S. S. Pío XII, sobre un mundo desgarrado por la guerra, se levanta como *heraldo de paz* y recuerda las condiciones de esta unidad.

Enseñados precisamente por el doloroso fracaso de los expedientes humanos para alejar las tempestades que amenazan arrollar la civilización en su torbellino, muchos dirigen su mirada con renovada esperanza a la Iglesia, roca de verdad y de amor, a esta Cátedra de Pedro, que saben ellos puede devolver al género humano aquella unidad de doctrina religiosa y de código moral que en otros tiempos dió consistencia a las relaciones pacíficas entre los pueblos.

“Unidad a la que miran con ojos de nostálgica añoranza tantos hombres responsables de la suerte de las naciones, que ex-

perimentan diariamente cuán vanos son los medios en que un día cifraran su confianza; unidad que ansían multitudes tan numerosas de nuestros hijos que invocan diariamente al Dios de paz y de amor; unidad que anhelan tantos espíritus nobles, alejados de nosotros, que en su hambre y sed de justicia vuelven sus ojos a la Sede de Pedro esperando guía y consejo”.

Quizá pronto, después que los pueblos sean amansados con infinitas tribulaciones, se vuelvan los príncipes de este mundo a Pedro, Vicario de Jesucristo y, en nombre de sus pueblos, le digan: *¡Señor, dadnos la paz! Dadnos el reino de Cristo, “reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz. Dadnos el imperio cristiano.*

Dos imperios cristianos, o mejor, dos esbozos de cristiandad ha conocido la historia: la bizantina de Constantino y la romano-germánica de Carlomagno. Ambas, imperfectas, han desaparecido y, en cierto sentido, han fracasado. Han fracasado porque, en la práctica, han desconocido el gran misterio de Encarnación, o sea de Jesucristo, Dios, hecho hombre, del *“único y el mismo Cristo, Hijo unigénito de Dios,*

que debe ser reconocido como existente en dos naturalezas, sin confusión, sin mutación, sin división, ni separación; en el que la unión no suprime la diferencia de naturalezas sino que las deja a salvo y que concurriendo ambas naturalezas en una única persona y subsistencia no ha sido partido ni dividido en dos personas". (Concilio Calcedonense).

La Cristiandad debe configurar en la unidad de los pueblos este misterio de la Encarnación que, respetando la soberanía espiritual y la temporal, sin confundirlas, debe unir las en unidad substancial.

Porque el sacerdocio católico que culmina en el poder supremo de Pedro, es como la divinidad en Jesucristo; y las naciones, cada una de ellas, con su propia suficiencia y soberanía, en lo temporal, son como la naturaleza humana en Cristo, que se unen en la Cristiandad como en un único compuesto teándrico, sin negación ni confusión de naturalezas.

Fracasó el imperio cristiano bizantino, porque olvidando este misterio de la Encarnación el poder temporal de los emperadores tendió a absorber el poder espiritual del Papa; y fracasó el imperio cristiano germá-

nico, porque no cumpliendo el emperador con su misión propia de rector universal en lo temporal dió pie a la intervención supletoria del Poder espiritual, con lo que éste vino, por momentos y a ratos, a absorber la soberanía temporal.

Después del *Tratado de Letrán*, en que los pueblos tienen el sentido de su perfecta suficiencia y autonomía en lo temporal y que nada al respecto pueden temer de la Iglesia porque *no arrebatata reinos mortales, quien da los celestiales* (Himno de la Epifanía); cosa que ha repetido la misma Iglesia con voces incesantes, afirmando que no quiere actuar en la política y en lo temporal, movida por esos intereses, sino que quiere limitarse a la órbita de lo espiritual; parece que las naciones cristianas, unidas bajo un emperador universal que sea el supremo promotor del *bien común temporal*, pueden unirse con el sacerdocio, promotor del bien sobrenatural de las almas, y formar un compuesto teándrico, *la nueva y última Cristiandad*, para gloria y honor de Jesucristo, Rey de las naciones.

*Este libro,
se acabó de imprimir
en Buenos Aires,
en casa de
Francisco A. Colombo,
el día 25 de noviembre
de 1940.*